

“ESCORIAL”, LA LIBERTAD AMISTOSA, RIDRUEJO

De esto que voy a contar han pasado ya bastantes años. Una mañana de primavera, fría y con sol, fui a ver a Dionisio Ridruejo a su despacho, una habitación amplia y clara, con buenos muebles y buenos cuadros. Me había llegado su fama de buen orador, pero no le había escuchado nunca, ni siquiera había visto su figura menuda, nerviosa, frágil. No me llevó protocolariamente al tresillo, sino que me indicó un asiento al otro lado de la mesa. Hablamos largo, aunque sería más apropiado decir que él habló y yo escuché, y no porque él tendiese a avasallar a la gente con su palabra, sino porque me pareció que lo que decía era importante y que valía la pena escucharlo. Me causó la impresión de que su mente veía claro y de que sabía expresar con toda precisión lo que veía y pensaba: una palabra justa al servicio de un pensamiento concreto. Después de tantos años, sigo creyendo lo mismo. Cuando no entiendo lo que pasa, visito a Dionisio, me siento al otro lado de la mesa como la primera vez, y escucho. De la conversación —si puede llamarse

así— suelo salir enriquecido, o, al menos, con la mente ordenada y sabiendo a qué atenerme. En aquella entrevista se estableció, quizás de una vez para siempre, una amistad que no ha cambiado. No me resulta difícil, porque me gusta escuchar y porque encuentro en la atención deleite cuando el interlocutor sabe lo que dice y lo dice bien.

Concibo la amistad como un modo de relación personal en la que juegan, respetándose, dos libertades. Quien pretende imponer al otro su modo de ver el mundo, puede ser un líder en busca de secuaces, o un jefe en procura súbditos, nunca un amigo que hable a otro. En el momento en que se intenta convencer al amigo, la amistad se suspende y se inicia otro modo de relación en el que uno de los coloquiantes hace el sacrificio de su libertad a la instancia del otro; instancia que no tiene por qué ser inferior a la libertad misma y que puede, incluso, superarla. Por ejemplo, la verdad. Cuando el predicador se dirige a su público y lo abraza con la palabra “amigos”, no usa correctamente el vocablo. Estaría mejor decir, por ejemplo, “hermanos”. La relación fraternal es menos quisquillosa con la libertad del otro, y cuando lo que se baraja es la verdad, o el bien, no suele pararse en barras. No quiero decir que la fraternidad esté por encima de la amistad, sino que es distinta. Actúa en relación con la libertad de otro modo.

De aquella primera entrevista entre Dionisio y yo nació, repito, una amistad honda y sostenida. Sin embargo, yo formé un par de veces en su equipo, en cierto modo como secuaz y en cierto modo como subordinado. ¿Quiere esto decir que la amistad se trocó en otra clase de relación? ¿que formé grupo con aquellos amigos porque el que los capitaneaba me hubiera convencido de alguna verdad o hubiera procurado mi secuacidad de algún modo persuasivo? Pienso que no. Y para entenderlo, voy a detenerme en la formación y actividad de uno de esos grupos: el que se organizó, pasada la guerra civil, en torno a la revista “Escorial”. Y quiero que sea éste por mis buenas razones, porque pienso que aquellos dos años de esfuerzo terco y clarividente fueron más importantes de lo que algunos piensan en orden a algo que entonces nos solicitaba con más fuerza que muchas otras urgencias: la restauración de la cultura, tan mal parada después de la contienda. “Pero, ¿qué prisa tiene la cultura?”, decían, entonces, algunos: “hay otras heridas que curar”.

¿Quién lo duda? Lo eran el hambre y todas las consecuencias de la derrota en los derrotados, y lo que pudiera llamarse curación general del país. La cultura podía esperar, y hubiera esperado, acaso, si la invitación a la espera no enmascarase un peligro para la cultura misma. El equipo, además, no era de políticos o de técnicos, sino de escritores, y no podía emplearse en otra cosa. No pedía un puesto en las tareas de primera fila, sino sólo un puesto y una tarea.

Muchos de los episodios de aquella aventura, porque lo fue, los contará Ridruejo en sus "Memorias". No voy a anticiparlos, ni tampoco a completarlos de antemano con anécdotas de posible olvido. Los acontecimientos, felices o desventurados, tienen menos importancia que el esfuerzo en sí, que el propósito que movía al grupo: unos cuantos intelectuales jóvenes, en su mayoría, o, al menos, en buena parte, desconocidos y sin nombre antes de la guerra; inexpertos y poco habituados a medir las posibilidades reales de sus esperanzas. Había que reconstruir una España rota o desvencijada, pero acerca de las líneas de la reconstrucción no estaba de acuerdo la sociedad entonces victoriosa. En general, nadie prestaba atención a la cultura, o, lo que es peor, todo lo que oliese a cultura se miraba con recelo. La profesión intelectual seguía siendo sospechosa, y el intento de restaurar —sólo, entonces, en la medida de lo posible— la vida del espíritu, subversiva. Los intelectuales, para muchos, eran el buco emisario responsable de todas las desdichas. La empresa de "Escorial", aunque se redujese al modesto intento de tender un puente hacia el pasado, o de restañar su rotura, tenía que parecer mal a mucha gente, y lo pareció. El verdadero "Escorial", la revista de la continuidad, vivió entre dificultades y suspicacias y duró sólo dos años. Lo que después, con el mismo nombre, arrastró por algún tiempo una existencia oscura, era ya otra cosa.

Recuerdo haberle oído alguna vez a Ridruejo, en los prolegómenos de la fundación: "Puesto que Fulano, Mengano y Perengano viven entre nosotros y son escritores, tienen derecho a escribir y necesitan un lugar en donde hacerlo". Fulano, Mengano y Perengano eran nada menos que Menéndez Pidal, Dámaso Alonso, Xavier Zubiri, Pío Baroja y muchos otros. Lo que había quedado aquí de la desbandada, los restos valiosísimos de un pasado cultural inmediato y eminente. El propósito de

“Escorial” era el de reunirlos y ponerlos otra vez en marcha; procurar que el país, aún a redropelo, se beneficiase de su obra, y que en ésta se cimentase inmediatamente la posterior de nuestra cultura.

Fuera de “Escorial”, el ejercicio de la libertad era difícil, si no imposible. En la palabra “censura” se cifra el todo, pero entendido de un modo universal, dentro del que la censura de prensa e imprenta no era más que un aspecto especialmente irritante, por lo diario. Pero la sociedad no se limitaba a eso. Atacaba. El contemplador desapasionado tiene que asombrarse, a tantos años de distancia, de la cantidad de papel y tinta consumidos en el descrédito de los intelectuales. Había quienes tenían por misión mesiánica la descalificación de Ortega y Unamuno, convertidos, así, en símbolos de lo que no debía respetarse. Con la habitual falta de visión del futuro, ponían en su lugar, o intentaban ponerla, una ideología enclenque y estéril. Frente a la libertad de que “Escorial” hacía discreta gala, proponían e intentaban imponer la teratología de una cultura dirigida.

“Escorial” partía del respeto a los valores de la inteligencia. Era su razón de ser. Y, al decir “respeto”, se elimina la adhesión bobalicona e irreflexiva. El compromiso con la ideología dominante consistía en pura precaución; ante todo, en no atacar de frente. En el equipo —ensayo, quizás prematuro, de convivencia liberal inserta en un contexto autoritario—, coincidían y trabajaban juntos rojos y azules, monárquicos y republicanos, germanófilos y aliadófilos. La unanimidad no les venía de la política, sino de una actitud común ante la cultura. La organización no participaba en la “verticalidad” entonces a la orden del día —un jefe y unos subordinados—, sino en lo que pudiéramos llamar la “horizontalidad” de un director y de unos dirigidos. No se regía por la obediencia, sino por la libre colaboración. La gente “colaboraba”, lo cual implicaba un tipo de relación y compromiso que en cualquier momento podían ser interrumpidos o anulados. Los colaboradores eran “amigos”. Los directores —Ridruejo, Laín, Rosales, Marichalar— actuaban como técnicos, todo lo más como consejeros, ya que el acuerdo con los fines de la empresa se daba por supuesto. “He escrito esto para la revista. ¿Qué te parece?”.

En el ambiente de la postguerra, con la clara divisoria entre

buenos y malos, entre vencidos y vencedores, aquella empresa estrictamente civil, en cuyo interior no se concebía el mando, donde semejante noción era desconocida, podía actuar como un ejemplo peligroso, pese a las concesiones hechas al "ambiente" —sin las cuales ni siquiera los dos años de su autenticidad hubiera "Escorial" subsistido. En los salones, abiertos a todos, se celebraban conferencias, exposiciones, reuniones. Acudía a ellos gente afín, pero también escéptica y, con frecuencia, hostil. Recuerdo la irritada reacción verbal de alguien muy empingorotado ante la presencia, nada ostentosa por cierto, de un intelectual de los vencidos. "Pero, ¿qué hace este aquí?" La pregunta desconcertada no cuadraba en aquel contexto; pero lo que de verdad no cuadraba era el contexto mismo, heterodoxo en relación a la sociedad en que se hallaba inserto. Visto desde nuestra perspectiva actual, hay que conceptuarlo de idealista y prematuro.

La marcha de Ridruejo trajo como grave consecuencia la disolución del grupo, la sustitución del "equipo" por otro de distinto color, o, más exactamente, de color uniforme. No puedo decir cómo fue su funcionamiento porque no conviví con él. Pero, al quedar desvirtuada la revista, es de suponer que se actuase de otra manera, no sólo con otros principios. Los amigos de Ridruejo y todos aquellos que habían sabido o podido convocar, quedamos, culturalmente, al garete, y cada cual buscó la salida personal que le fue dada. Empresas similares surgieron, después, algunas, todas ellas semejantes en el destino conflictivo; acumulados sus esfuerzos, acumulada milagrosamente la energía gastada en tantos fracasos parciales, hicieron posible un futuro que hoy ya no lo es, hicieron posible esa inversión de las situaciones acontecida en la década de los sesenta, una realidad bastante mejor aunque no óptima, cuya prehistoria desconocen los que viven dentro de ella y la tienen por natural. El nombre de Dionisio Ridruejo irá siempre unido al primer ensayo de libertad intelectual llevado a cabo tras el desbarajuste de la guerra civil. No se le podía llamar, todavía, liberalismo; pero llevaba dentro su nostalgia y su esperanza.

G. T. B.